

impedirselo, como si su alejamiento hubiese debido causar la ruina de la Palestina. Pero sin dejarse convencer por sus instancias, movía la arena con su bastón y decía: « Mi Dios no es engañador; yo no puedo ver las iglesias derribadas, los altares de Jesucristo pisoteados, la sangre de mis hijos derramada. » Oyéndolo hablar así juzgaron que Dios le había revelado un secreto que no quería divulgar; y no se engañaban, como se verá después. Sin embargo persistieron en guardarle; pero él protestó altamente que no tomaría alimento alguno hasta que lo dejaran en libertad. En efecto, pasó siete días sin comer ni beber, por lo que se vieron obligados á dejarle partir. Una multitud innumerable lo acompañó hasta Betelia, aldea dependiente de Gaza, de que tendremos ocasión de hablar en el capítulo siguiente. Allí despidió á este numeroso pueblo, y para acompañarle sólo escogió cuarenta solitarios, que llevaban provisiones, y que eran bastante robustos para sostener el ayuno á pesar de las fatigas del viaje, y para no comer antes de la puesta del sol según la costumbre.

Al cabo de cinco días llegó á Pelusia, en donde visitó los solitarios del vecindario y del desierto de Lychnos. También visitó á los obispos Draconcio y Filón, que habían sido desterrados por los arrianos por la causa de la fé, el primero á Theobate, y el segundo á Babilonia; y su presencia consoló maravillosamente á estos dos servidores de Jesucristo. Desde la Babilonia pasó á Aphroditópolis¹, donde declaró al diácono Baisán y á otros solitarios del lugar que llevaba prisa para llegar á la montaña de san Antonio, donde quería celebrar el aniversario de su muerte. Hemos dicho en la Vida de este santo patriarca que ese diácono Baisán había hallado el medio, para facilitar el viaje al monte de san

¹ Aphroditópolis esto es, *ciudad de Venus*. En Egipto había cuatro ciudades de este nombre dos de las cuales estaban en la Tebaida. Aquella de que aquí se trata, hoy se llama *Tachta*.

Antonio á aquellos que querían ir á visitar al Santo, de llevarlos en camellos que marchaban muy veloces; lo que era necesario por no encontrarse agua en este desierto.

Al tercer día, pues, llegó con mucha fatiga al monasterio del Santo. Ysaac y Pelusiano, que habían sido sus discípulos, el primero de los cuales le había servido de intérprete, le relataron las particularidades de la vida que había llevado; y le mostraron su pequeño jardín, el lugar donde había acostumbrado á orar, la estrecha celda en que se acostaba, y hasta los instrumentos de que se servía para el trabajo. Hilarión deseó ver el lugar donde lo habían enterrado. A esta demanda lo llamaron á parte; pero no se sabe si se lo enseñaron, ó si se excusaron por la prohibición que el Santo les había hecho de que á nadie lo descubrieran, temiendo que Pergamio, hombre de los más opulentos de aquel país, no fuera á coger su cuerpo para llevárselo y levantarle una capilla.

Después de haber rendido sus respetos á la memoria del gran Antonio, y satisfecho sobre la montaña su piadosa curiosidad, volvió á Aphroditópolis, no conservando en su compañía más que los hermanos. Se estableció con ellos en un desierto próximo; y como si no hubiese hecho más que empezar á servir á Dios practicó la abstinencia y el silencio con un fervor admirable. Así gustaba, á su voluntad las lágrimas de la soledad, cuando su caridad aun le atrajo, y su humildad le obligó á desterrarse de nuevo. Desde la muerte de san Antonio, que hacía tres años, que no había llovido; lo que hacía decir al pueblo que los mismos elementos llevaban luto por él. Sabiendo los habitantes que Hilarión moraba en su vecindario, hombres y mujeres recurrieron á él, rogándole como á su sucesor de las virtudes del gran Antonio, que les obtuviera cesación de aquella larga sequía, que á todos los reducía al hambre. Hilarión no pudo oír sus lamentaciones y sus quejas sin conmo-

verse; levantó los ojos y las manos al cielo para pedir á Dios la lluvia que necesitaban, y al momento cayó en abundancia. Este milagro fué pronto seguido de un segundo, que no contribuyó menos á manifestar el gran valimiento que tenía para con Dios; pues la tierra así regada por la lluvia produjo una gran cantidad de serpientes y de otras bestias venenosas, que picaron á muchas personas; pero el Santo á quien recurrieron de nuevo, bendijo aceite que les entregó, el cual al momento curaba sus llagas.

Estos nuevos prodigios le merecieron los honores que él temía, y para evitarlos cogió el camino de Alejandría, con la intención de pasar de allí al desierto de Oasis; y como no acostumbraba entrar en las ciudades, se quedó en casa de los solitarios de su conocimiento del territorio de esta villa, que moraban al extremo del barrio llamado Bruchio¹. Estos lo recibieron con singular alegría, alegrándose de que él al menos permanecería algún tiempo con ellos; pero su alegría se cambió en dolor cuando supieron por sus discípulos que iba á partir por la noche. Los unos se arrojaron á sus piés, los otros se echaron sobre el umbral de la puerta; todos le suplicaron que no los dejara, protestándole que morirían antes que sufrir el quedar privados de tal huésped. Él los consoló diciéndoles que se apresuraba á partir para no acarrearles graves disgustos, y que bien pronto verían que no se engañaba. Como ellos sabían que andaba guiado por el Espíritu de Dios, no osaron oponerse más á su partida; y al día siguiente vieron llegar los idólatras de Gaza acompañados de los lectores del prefecto para apoderarse de él, pues habían sabido que la noche antes había ido á su monasterio, y creían que pararía en él algunos días. Para entender bien esto conviene saber que habiendo sido nombrado emperador Juliano el Após-

¹ Este barrio estaba situado entre las murallas de la ciudad, al S. E., y el gran puerto al N. Allí habían tenido la residencia los Ptolomeos.

tata, los habitantes de Gaza, obstinados en su idolatría hasta el furor, creyeron no poder hacer mejor la corte al emperador que presentándole una demanda contra el Santo y contra Hesyquio, su fiel discípulo, acusándolos de magos, y pidiendo que fuesen perseguidos y que se los hiciera perecer. Esto era también para vengarse contra Hilarión de la afrenta que había hecho á su Dios Marnas, y de los paganos que había convertido. Sin dificultad obtuvieron lo que deseaban de este príncipe, quien no aborrecía menos que ellos á los cristianos; y en consecuencia, después de haber destruido su monasterio, lo buscaron por todas partes, y fueron como hemos dicho hasta el monasterio de Bruchio; pero no habiéndolo encontrado se dijeron unos á otros: « Ya nos lo han dicho que es un mago y que conoce lo futuro. »

Entonces también se comprendió lo que había vaticinado el Santo cuando dejó la Palestina, que no podía ver las iglesias derribadas, los altares pisoteados, y la sangre de sus hijos derramada; pues los habitantes de Gaza, no consultando más que su furor contra los cristianos, bajo un príncipe cuyos deseos se secundaban maltratándolos ejercieron contra ellos crueldades enormes. Después de haber incendiado la iglesia que tenían en su ciudad, despedazado á muchos cristianos y obligado á otros muchos á escaparse, entre los cuales se encontró el abuelo del historiador Sozomeno, que san Hilarión había convertido con muchos otros de sus parientes, cometieron atrocidades aún más monstruosas que las primeras; pues abrieron el vientre á los sacerdotes y á las vírgenes consagradas á Jesucristo, pusieron sus intestinos al descubierto, los llenaron de cebada, y se dieron el horrible divertimento de hacerlo comer todo junto por los puercos, lo que también hicieron los paganos de Ascalón.

Sin embargo Hilarión se marchó de Brachio al desierto de Oasis por senderos impracticables, en el cual moró

un año. Adriano, del número de sus discípulos, llegó de Palestina, trayéndole la noticia de la muerte de Juliano, muerto en la persecución de los Persas, y diciéndole que Joviano príncipe muy católico le había sucedido. Quiso persuadirle á que volviera á Palestina pero el Santo había formado otro propósito. Viendo que su reputación por todas partes le seguía y que empezaba á ser conocido y honrado en el Oasis lo mismo que en Oriente, tomó la resolución de pasar el mar y retirarse á alguna isla, no pudiendo, como deseaba, vivir desconocido en la tierra firme.

Para eso alquiló un camello y pasó á Paretonia, donde se embarcó con otro discípulo llamado Zanán ó Gazán, y pasó á Sicilia. Como estuvieran en alta mar, proyectaba presentar al patrón del navío, como precio de su pasaje y del de su discípulo, el libro de los Evangelios que cuando joven había escrito de su propio puño. En este momento el hijo del patrón fué cogido por el demonio, y se puso á gritar : « Oh Hilarión, servidor de Dios, que no nos dejes descansar al menos sobre la mar ! dame solamente tiempo para llegar á tierra, por temor no me vea obligado aquí á volver á los abismos. » El Santo respondió : « Si Dios lo permite, continúa ; pero si te lo prohíbe no te acorras á un pecador y á un mendicante. » Hablaba así por temor de que los marineros y mercaderes que estaban en el navío, habiéndolo oído nombrar por el demonio, no lo descubriesen cuando hubiesen llegado á tierra. Se lo hizo prometer á todos, y el poseso quedó muy pronto libre.

Habiendo llegado á Pachya, promontorio de la Sicilia, ofreció su libro al patrón, quien lo rehusó constantemente, sobre todo viendo que él y su discípulo no tenían más que este libro y el hábito que llevaban. El Santo saltó de alegría por no poseer nada de este mundo y por ser considerado por los habitantes del lugar como un mendicante.

Tome 3



Cyphane
Cosanie

un año. Adriano, del número de sus discípulos, llegó de Palestina, trayéndole la noticia de la muerte de Juliano, muerto en la persecución de los Persas, y diciéndole que Joviano príncipe muy católico le había sucedido. Quiso persuadirle á que volviera á Palestina pero el Santo había formado otro propósito. Viendo que su reputación por todas partes le seguía y que empezaba á ser conocido y honrado en el Oasis lo mismo que en Oriente, tomó la resolución de pasar el mar y retirarse á alguna isla, no pudiendo, como deseaba, vivir desconocido en la tierra firme.

Para eso alquiló un camello y pasó á Paretonia, donde se embarcó con otro discípulo llamado Zanán ó Gazán, y pasó á Sicilia. Como estuvieran en alta mar, proyectaba presentar al patrón del navio, como precio de su pasaje y del de su discípulo, el libro de los Evangelios que cuando joven había escrito de su propio puño. En este momento el hijo del patrón fué cogido por el demonio, y se puso á gritar: « Oh Hilarión, servidor de Dios, que no nos dejes descansar al menos sobre la mar? dame solamente tiempo para llegar á tierra, por temor no me vea obligado aquí á volver á los abismos. » El Santo respondió: « Si Dios te permite, cumpliré; pero si te lo prohíbe no te acorras á un pecador y á un mendicante. » Hablaba así por temor de que los marineros y mercaderes que estaban en el navio, habiéndolo oído nombrar por el demonio, no lo descubriesen cuando hubiesen llegado á tierra. Se lo hizo prometer á todos, y el poseso quedó muy pronto libre.

Habiendo llegado á Pachya, promontorio de la Sicilia, ofreció su libro al patrón, que se lo recusó constantemente, no queriendo ver que él y su discípulo no tuvieran más que el vestido y el hábito que llevaban. El Santo saltó de alegría por no poder nada de este mundo y por ser considerado por los habitantes del lugar como un mendicante.

Tome 3



Convi. Jirex?

Imp. A. Goussier aux Druis

St. Epiphane.
San Epifanio.